

Gastón volvió, y los cuatro amigos le abrazaron cordialmente: después esperaron hasta que llegase al término de su peligroso viaje, prontos á socorrerle si le sucedía alguna desgracia en la travesía.

---

## II

De como la casualidad coordina algunas veces las cosas de modo que parecen providenciales.

Sin fijar la atención en los fuertes crujidos que daba el hielo, producidos por el peso de su cuerpo, prosiguió Gastón osadamente su camino, porque á medida que se aproximaba, veía que las lluvias del invierno habían aumentado las aguas del pequeño lago, y que más elevado éste, desde el pie de la pared indudablemente alcanzaria á la ventana; idea que le hacía palpar de gozo el corazón.

Nose engañaba: llegado al término de su camino, juntó las manos acercándoselas á los labios, imitó el grito del mochuelo y la ventana se abrió.

Al mismo tiempo, en dulce recompensa del peligro que había corrido, vió aparecer la encantadora cabeza de su amada á la altura de la suya, mientras que una mano delicada y de un calor agradable procuraba encontrar la del caballero. Esta era la primera vez: Gastón cogió aquella mano con transporte y la cubrió de besos.

— Gastón, ¡ al fin habéis venido sin barquilla y

con un frío tan intenso, á pesar de habérselo prohibido en mi carta! Apenas la habéis recibido cuando.....

— Con vuestra carta puesta sobre mi corazón, Elena mía, he creído no correr ningún peligro..... Pero, ¿ qué cosa tan triste y tan seria tenéis que decirme? ¿ Habéis llorado?

— ¡ Ah! desde esta mañana no he hecho otra cosa.

— ¡ Desde esta mañana! murmuró Gastón con triste sonrisa, ¡ es singular! si yo no fuese hombre, me habría sucedido lo mismo.

— ¿ Qué decís, Gastón?

— Nada, amiga mía. Vamos, tranquilizaos: ¿ cuáles son vuestros pesares, Elena? decidmelo.

— ¡ Ay de mí! ya sabéis que no puedo disponer de mi persona, que soy una pobre huérfana criada aquí, y que no conozco más patria ni más mundo que este convento. Jamás he visto á nadie á quien pueda dar los dulces nombres de padre ó madre; ésta creo que ha muerto, y con respecto á mi padre, siempre me han dicho que estaba ausente. Dependo pues de un poder invisible que sólo se ha manifestado á mi superiora: esta mañana la buena madre me ha llamado, y con las lágrimas en los ojos me ha anunciado mi partida.

— ¡ Vuestra partida, Elena! ¿ conque abandonáis el convento?

— Sí, Gastón; mi familia me reclama.

— ¡ Vuestra familia! ¡ Dios mío! ¿ qué nueva desgracia nos espera?

— ¡ Oh! si, es una desgracia, Gastón, aunque al principio la excelente superiora me ha felicitado por ella como si fuera fortuna; pero era yo tan dichosa en este convento, que no pedía al Señor otra cosa más que permanecer en él hasta el momento en que fuese vuestra esposa. Dios lo ha dispuesto de otro modo; ¿ qué va pues á ser de mí!

— ¿ Y esa orden que os saca del convento?...

— Es irrevocable, Gastón. ¡ Ah! soy al parecer de una familia poderosa, la hija de un gran señor..... cuando mi buena superiora me ha participado que era indispensable separarme de ella, me he puesto á llorar amargamente, he abrazado sus rodillas, y la he dicho que no deseaba más sino el estar siempre á su lado. Entonces, al verme tan afligida, ha sospechado que tendría algún otro motivo más poderoso que el que yo la daba; en vista de lo cual me ha hecho varias preguntas: perdonadme, Gastón, necesitaba confiar mi secreto á alguno; tenía precisión de ser compadecida y consolada. Se lo he dicho todo, Gastón; que os amaba, y que vos me amabais; todo menos el medio que habíamos adoptado para vernos, porque temí que si se lo manifestaba me impidiese veros por última vez, y daros el postrer adiós.

— ¿ Pero no habéis dicho, Elena, cuáles eran mis proyectos acerca de vos? ¿ no habéis dicho que for-

mando yo ahora parte de una asociación que dispone de mis por el término de seis meses, quizás por un año, pasado este tiempo, el día en que por último quede libre, ni nombre, mi mano, mi fortuna, toda mi vida en fin os pertenece ?

— Se lo he dicho, Gastón, y esto es lo que me hace pensar que soy hija de algún gran señor, porque entonces la buena madre Úrsula me ha respondido: Es necesario olvidar al caballero, hija mía ; porque, ¿ quién sabe si vuestra nueva familia consentiría en semejante unión ?

— ¿ Pero no soy yo de una de las familias más antiguas de Bretaña ? sin ser muy rico, ¿ no disfruto de una posición independiente ? ¿ Le habéis hecho esta observación, Elena ?

— ¡ Oh ! sí, sí, le he dicho : Gastón me quería, á pesar de ser huérfana y pobre ; podrán separarme de él ; pero hacer que le olvide, jamás ; sería el colmo de la más negra ingratitud.

— ¡ Elena, sois un ángel ! ¿ Y no sospecháis quienes puedan ser esos parientes que os reclaman, cuál sea ese porvenir oscuro que os está reservado ?

— No ; parece que este es un secreto profundo, inviolable, del cual pende mi futura felicidad. Me temo, repito, que esos parientes sean señores muy poderosos, porque he creído notar (acaso me he engañado), que la superiora me hablaba... yo no sé cómo deciroslo, Gastón, me hablaba con respeto.

— ¡ Á vos, Elena !

— Sí.

— Entonces, tanto mejor, repuso Gastón arrojando un suspiro.

— ¡ Cómo tanto mejor ! exclamó Elena ; Gastón, ¿ os alegraríais de nuestra separación ?

— No, Elena ; pero tengo la mayor satisfacción en saber que habéis hallado una familia en el momento mismo en que quizás vais á perder un amigo.

— ¡ Perder un amigo, Gastón ! yo no tengo más amigo que vos ; ¿ acaso os voy á perder ?

— Por lo menos me veo obligado á dejaros por algún tiempo, Elena.

— ¿ Qué queréis decir ?

— Que el destino ha querido igualarnos en todo, y que no sois vos la única que ignoráis lo que os espera mañana.

— ¡ Gastón, Gastón ! ¿ qué significa ese extraño lenguaje ?

— Que yo también, Elena, soy impulsado por una fatalidad, á la cual es preciso que obedezca ; que yo también me hallo sometido á un poder superior é irresistible.

— ¿ Vos ? ¡ oh Dios mío !

— Á un poder que me condenará tal vez á abandonaros dentro de ocho días, de quince, de un mes... no solamente á abandonaros, sino también á salir de Francia.

— ¡ Ah ! qué me decís, Gastón !

— Lo que mi amor, ó más bien mi egoísmo, no me había permitido comunicaros antes. Yo esperaba casi con indiferencia el momento que por fin ha llegado. Esta mañana mis ojos se abrieron. Es indispensable que os deje, Elena.

— Pero ¿ por qué ? ¿ qué vais á hacer ? ¿ qué va á ser de vos ?

— ¡ Ah ! cada uno tenemos nuestro secreto, Elena, dijo el caballero moviendo tristemente la cabeza : lo único que pido á Dios es que el vuestro no sea tan terrible como el mio.

— ¡ Gastón !

— Elena, ¿ no habéis sido vos la primera que habéis dicho que era preciso separarnos, la primera que habéis mostrado valor para renunciar á mi ? Pues bien, os bendigo por ese valor de que me dais ejemplo, porque yo... ¡ oh ! os lo confieso ; yo... no lo tenía. »

Al terminar estas palabras, el joven apoyó de nuevo sus labios sobre aquella hermosa mano que Elena no había pensado en retirar de las suyas ; á pesar de los esfuerzos que hacía para serenarse, su amada percibió que vertía copiosas lágrimas.

— ¡ Oh, Dios mio, Dios mio ! murmuró, ¿ qué hemos hecho al cielo para ser tan desgraciados ?

Al oír esta exclamación, Gastón levantó la cabeza.

— Vamos, dijo, como si hablara consigo mismo ; vamos, valor. Hay en la vida circunstancias contra las cuales es inútil luchar : obedezcamos pues, cada

uno por nuestra parte. Elena, obedezcamos sin oposición, sin murmurar ; quizás haremos cambiar la suerte á fuerza de resignación. Decidme, ¿ podré veros aun otra vez antes de vuestra partida ?

— No lo creo posible, pues que marchó mañana.

— ¿ Y qué camino lleváis ?

— El de París,

— ¡ Cómo ! vais pues á...

— París.

— ¡ Gran Dios ! exclamó Gastón, y yo también.

— ¡ Y vos también, Gastón !

— ¡ Y yo también ! y yo también es necesario que marche : Elena, padecíamos una equivocación ; ya veis que no nos separamos,

— No os comprendo, Gastón.

— Quiero decir, que no teníamos razón en acusar á la Providencia, y que ésta se venga concediéndonos más de lo que nos hubiéramos atrevido á pedirle. No sólo podremos vernos en todo el camino, sino también en París. Pues bien, en París no estaremos enteramente separados. ¿ Y en qué carruaje marcháis ?

— Según creo, en el coche del convento : debe llevar caballos de posta, pero haremos pequeñas jornadas para que no me fatighe demasiado.

— ¿ Con quién vais ?

— Con una religiosa que me dan para que me acompañe, y que volverá al convento cuando me

haya dejado en poder de las personas que me esperan.

— Entonces todo se compone perfectamente, Elena. Yo os seguiré á caballo como un viajero cualquiera : todas las noches podré hablaros ; si por el contrario no es posible, á lo menos tendré el placer de veros ; de modo que no estaremos separados más que á medias.

Al concluir los dos jóvenes su amorosa plática, á pesar de haberla comenzado con lágrimas, se despidieron con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón, según comunmente acontece en esa edad en la cual se tiene la más completa confianza en el porvenir.

Gastón atravesó el helado estanque por segunda vez, con la misma felicidad que la primera, y se dirigió al árbol en que dejó atada su cabalgadura ; pero en lugar de su caballo herido, encontró el de Montlouis, y gracias á esta galantería de su amigo, se halló de vuelta en Nantes en poco menos de tres cuartos de hora, sin haber tenido en el camino ningún otro mal encuentro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## III

## El viaje

Durante el resto de la noche, Gastón escribió su testamento, el cual depositó por la mañana en manos de un escribano de Nantes.

Legaba todos sus bienes á Elena de Chaverny, suplicándola al mismo tiempo, que si él moría, no por eso renunciase al mundo, sino que dejase seguir á su bella existencia la suerte que le estaba destinada : solamente, en atención á ser él último vástago de su familia, la rogaba que en memoria suya diese el nombre de Gastón á su primer hijo.

Después pasó á ver por última vez á sus amigos, y principalmente á Montlouis, con quien tenía más intimidad y era el que con más calor lo había defendido la noche antes ; les manifestó la confianza completa que abrigaba de obtener un éxito feliz en su empresa ; recibió de Pontcalec la mitad de una moneda, y una carta que debía entregar á cierto capitán llamado La Jonquiere, corresponsal de los conjurados en París, el cual debía poner á Gastón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO